

MIRADAS EN TORNO A LA CRÍTICA

Sobre *Violencia y método: de lecturas y críticas*. Gabriela Milone (Comp.). Buenos Aires: Letranómada, 2014. 143 pp.

Paula Yódice
UNL- FHUC

Violencia y método es un trabajo conjunto producido en el marco del proyecto de investigación “Escritura, imagen y cuerpo en experiencias poéticas contemporáneas” (Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC). El mismo se interroga sobre el método en crítica e investigación literaria. Se trata de siete ensayos compilados por Gabriela Milone en los cuales sus integrantes abordan, desde distintas perspectivas aunque con un alto grado de consonancia, la labor de la crítica en torno de la lectura, la escritura y la enseñanza. Así, la interrogación inicial deriva en pensamientos e intercambios que apuestan en común y singularmente a reflexionar sobre las resistencias de la literatura y las búsquedas, los caminos que suscita.

Las primeras páginas del prólogo, escrito por Miguel Dalmaroni, plantean una traumática constitutiva en literatura, la cual separa lengua y experiencia. Es este hiato el que lleva a concebir el método como una serie de enlazamientos de escritura y experiencia como proceso subjetivo y personal antes que listado de procedimientos. Asimismo, la imposibilidad de comprender hace de la lectura un fracaso que llega a afectarnos, hay algo allí que reaparece como resto y que no se agota en la crítica, en tanto escritura de una lectura.

Por otra parte, las preliminares de Gabriela Milone enfatizan en la idea de una deriva metodológica por sobre la de un único método, cuya violencia reside en validar la ilusión de una ciencia y crítica objetivas. Es esa violencia la misma desde la cual se legitima el trabajo investigativo en un área de conocimiento conforme a un poder que prescribe con la exigencia de un método al cual se le debe fidelidad; la que sustenta una ilusión de transparencia que, de distintas maneras, se cuestiona y desmitifica a lo largo de cada ensayo.

En *Escribir la lectura* Adriana Canseco comienza por recordarnos el reclamo de fidelidad hacia el texto poético que atraviesa la lectura y la escritura crítica. Concibiendo la crítica como una pregunta en el extremo de la duda o como una repregunta, Canseco recuerda que todo método conlleva una ética de la forma antes que un saber. La crítica, cuando es concebida como parte de una red rizomática, demanda fidelidad hacia lo múltiple, una refundación de la poética que la reclama, sin clausurarla. Así, un método fiel de lectura sólo puede pensarse en un ajustado “entre” de la relación lectura-escritura crítica y escritura poética.

Por su parte, *Bajo firma: de las resistencias del texto a las interpretaciones del resto* dialoga con el artículo precedente al partir de la pregunta sobre el resto presente en todo texto, que no se deja apropiar por el crítico-lector y que evidencia -desde la ausencia- el lado mostrativo del decir, el cual también implica un ocultamiento en tanto se efectúa como recorte. La preocupación metodológica de Lorena Fioretti focaliza en la deconstrucción derridiana, a partir de la cual propone un simétodo para todos, para cada cual. La metodología se plantea en relación a una ética, a cualquier otro cada vez singular. Entonces, si cada lectura es particular, en tanto constituye una experiencia repetible pero siempre truncada, que exige volver a leer, comienza la *deslectura*, en tanto se lee lo que se lee y

también una forma de leer (la nuestra, la propia). Leer supone una manipulación transformadora que activa las posibilidades del texto, las intervenciones que la escritura -como contracara de la lectura- proyecta hacia el porvenir.

Una constelación posible: envíos entre imagen, crítica y montaje de Paula La Rocca y Ana Neuburger es una reflexión sobre la correspondencia entre lectura y escritura, pues la segunda provoca restos de deseo que desatan la pulsión escrituraria. Las autoras convocan el recuerdo barthesiano del momento clave en el acto de lectura. Éste se produce cuando la actividad lectora se ve interrumpida ante la ocurrencia de una imagen que obliga a levantar la mirada. En ese momento acontece una de muchas posibles reconfiguraciones del pasado, cuya presencia frecuente lleva a las autoras a proponer el montaje como intuición metodológica, ya que el cruce entre lenguaje e imagen transforma (y exige) nuevos modos de lectura y escritura.

En *El azar de un encuentro, la crítica y la lectura de los signos*, de Franca Maccioni, se toma como punto de partida del quehacer crítico las derivas del lenguaje para intentar dar cuenta (siempre infructuosamente) del pensamiento que aviene cuando nos sentimos interpelados durante la lectura. Aprender los signos, sugiere Maccioni replicando a Rancière y Deleuze, es traducirlos: compararlos, relacionarlos con otros, crear nuevos, transgredir las estrechas vías de la significación. La crítica apuesta a lo imposible, insiste en su propio hacerse y crea el camino a medida que lo recorre; precisamente porque ensaya un aprendizaje es que no se cierra en un saber último y desata réplicas, reconfiguraciones, otras escrituras que conforman un hacer-mundo con los otros, con todo lo otro.

En *Recomenzar el clamor de la vida: aportes hacia una crítica materialista* de Javier Martínez Ramacciotti, se propone una

crítica *conjuntiva* diferente de la *crítica jurídica*. La primera es la que no busca la verdad ni responde a un imperativo de reconocimiento cuyos objetivos serían comenzar una búsqueda conociendo el lugar de llegada, leer para trazar filiaciones, historizar... En resumen, desplegar un método que arribe a certezas y para el cual la materia, el lenguaje en su dimensión significante, siempre pueden ser interpretados como si fueran iguales. La crítica conjuntiva propone conectar estratos heterogéneos que, sin la predominancia de unos sobre otros, conformen una multiplicidad sobre la cual la misma crítica proyecta sus propios ecos.

En una línea análoga, Gabriela Milone propone la categoría de *crítica mimética* en su ensayo *Mimar la lengua*. La autora considera la premisa derrideana sobre el método como una determinada marcha que se sigue y vuelve sobre el concepto de mimesis en un doble sentido: la escritura que imita ciertos gestos del texto poético pero, también, lo toca, lo mima. En base a ese contacto puede afirmarse que no hay configuración ni delimitación de saberes especializados extrínsecos a lo que se lee, sino un vínculo íntimo: amante-mimante. La lectura, entonces, se piensa como un foco de contagio, un espacio de contacto donde la escritura la toca, se siente afectada por ella y todas -literatura, crítica, escritura y lectura- se confunden.

El ensayo de Silvina Santucci, que cierra el libro, se titula *El tiempo (de la escritura sarduyana) está desfasado*. Allí se retoma de la obra de Severo Sarduy el concepto de *retombeé*, que implica la concepción de un tiempo no cronológico en el cual, por ejemplo, la causa y consecuencia de un fenómeno no se suceden sino que pueden coexistir. Al mismo tiempo, *retombeé* es además un parecido en lo discontinuo, lo que hace que dos objetos distantes, sin relación aparente, puedan volverse análogos. En este sentido, el ensayo indaga puntos de contacto entre Sarduy y otros teóricos: con Benjamin y Kracauer

comparte el cuestionamiento hacia la idea del tiempo como una sucesión lineal, como un “proceso”; con Kandinsky y Rothko, los vínculos interartísticos que -en las obras de los tres- proponen una reflexión sobre la expansión artística; esto es, las disciplinas pensadas más allá de sus límites, como un campo de tensiones, de inespecificidad que, sin embargo, define modos de vinculación con el arte. Por otra parte, Santucci asume en estas páginas el método sarduyano que se basa en forjar sentidos sin crearlos, ni delimitarlos. En esta dinámica de lectura, nuevamente, se visibilizan las relaciones de la poesía con otras artes y la deriva a posteriori hacia el sentido.

Finalmente, el epílogo a cargo de Natalia Lorio se organiza en pequeños apartados numerados que retoman cuestiones abordadas en los textos previos y en el exergo: la violencia que supone recortar el objeto, como si fuera una materia moldeable que respondiera al hacer de un sujeto –el crítico- plenamente consciente; la violencia que implica para el lector suspender su goce e imponer una distancia hacia lo leído; la violencia del método, de cualquier método, al herir, rozar la superficie del texto para así hospedar la escritura de otro; la violencia del lenguaje, cuyo sentido siempre se abre hacia el después, abriendo una hendidura entre lo que leemos y la escritura de esas lecturas.

Al supuesto de que todo método implica una violencia que se ejerce al texto literario, este libro responde con “la traumática constitutiva” (p. 10) de la literatura señalada por Miguel Dalmaroni. La lectura es un ejercicio amoroso donde se producen emplazamientos desubjetivantes, pero también es el fracaso que una y otra vez nos afecta, nos desea y nos lleva a ensayar escrituras como ecos, desdoblamientos, búsquedas en las que intentamos explicar -con y a través del lenguaje- aquello que del lenguaje mismo nos sorprende. *Violencia y método* contiene más preguntas que certezas. Pese a ello, su lectura



moviliza nuevas interrogaciones, más voces que se sumen a este trabajo conjunto que, lejos de agotarse en el silencio, se prolonga hasta tocar a los lectores.